

ELIZAVETA Y BORIS

Hilda Guzmán Montelongo



Capítulo 1

ELIZAVETA Y BORIS

Elizaveta Petrovna y Boris Aleksandrovich se conocieron en la universidad y siendo aún estudiantes se casaron y tuvieron una hija aprovechando todas las facilidades que les daba la época soviética (beca, ayuda económica y/o alimentos gratuitos para el bebé, residencia especial para estudiantes casados o con hijos, descuento en el comedor, posibilidades de estudiar sin asistencia obligatoria, etc.). Al obtener su título, ambos lograron quedarse a trabajar en el departamento donde escribieron y defendieron su trabajo final, ahí mismo hicieron un postgrado y continuaron laborando durante casi una década con el único objetivo de ocupar algún puesto de dirección entre los 30 y 35 años de edad y recibir por fin una vivienda individual, ya que habitaban en una compartida. Cuando cumplieron los 30 empezó la perestroika y al igual que muchos, se entusiasmaron sin pensar en que las consecuencias de un cambio en el sistema deberían afectar su propio esquema de vida.

Cambió el sistema sin darles tiempo ni a escalar al puesto soñado ni a recibir el deseado apartamento. Pasaron unos años muy duros a partir del 93 cuando, sin despedir al personal ni cerrar, las organizaciones estatales dejaron de pagar salarios. Educados en el sistema anterior, continuaron ahí soportando esas condiciones sin atreverse a buscar algo en las empresas privadas que comenzaban a aparecer. Finalmente, cansada de esperar una mejora, Elizaveta Petrovna lo hizo en el 97, con tan mala suerte que la compañía en la que había encontrado empleo, cerró al año siguiente a causa de la devaluación. Ese mismo año Boris Aleksandrovich fue por fin despedido de la facultad con el recorte de personal al que tantas largas se le había dado.

En el 98, su hija María, que al igual que sus padres se casó cuando era estudiante, decidió divorciarse e irse a Canadá a buscar fortuna. A sus padres les dejó encargado a Sasha, de 3 años. Elizaveta Petrovna se encontró de pronto con un problema que nunca había tenido: ¿cómo cuidar de un niño pequeño para el que ya no existían guarderías gratuitas ni alimentos subvencionados por el estado?

A sus 43 años Elizaveta Petrovna se vió obligada a quedarse en casa para atender al niño y prácticamente a empujones hizo salir a Boris Aleksandrovich a la calle a buscar trabajo, pero nadie necesitaba un empleado cuarentón y sin ningún sentido práctico. Junto con uno de sus vecinos, antiguo zapatero, acabó abriendo un taller clandestino de zapatería en su mismo apartamento, en una habitación que había quedado libre porque la persona que vivía allí logró juntar, de alguna

forma inexplicable para todos los demás, lo necesario para comprarse un apartamento independiente; al año de trabajar juntos, el vecino murió de una enfermedad mal atendida y Boris Aleksandrovich, presionado por Elizaveta Petrovna, continuó solo con el taller.

Ya en el siglo XXI, tres años después de que su hija se marchara, Elizaveta Petrovna se cansó de esperar que cambiara la vida. Durante esos años el niño había sido un consuelo para sus abuelos, pero también una gran responsabilidad económica y por ello mismo, un motivo más para sus discusiones. María no solamente no había vuelto por Sasha, sino que no les enviaba ningún tipo de ayuda. Elizaveta Petrovna estaba harta de la falta de dinero y de los pleitos con los vecinos que, además, los acosaban amenazando con denunciar el taller clandestino. Como en su marido no tenía ninguna esperanza, decidió que debían vender su cuarto en el mercado negro (donde el precio era mejor) y con ese dinero comprarse una pequeña casa en algún pueblo donde pudieran mantenerse del huerto mientras su hija volvía por el niño. Pero Boris Aleksandrovich no estuvo de acuerdo con los planes de su mujer y de antemano se negó a firmar cualquier contrato de compra-venta. Ella consultó a los especialistas de una agencia que operaba en el ramo desde el inicio de los 90 y tenía gran experiencia en "casos difíciles". Le sugirieron dos formas de solucionarlo: falsificar la firma de su marido (cosa que tendría que hacer ella) o conseguir un acta de defunción falsa. En esto último la agencia podría proporcionarle ayuda recurriendo a sus contactos y cobrando una módica suma por el servicio, suma por la que no se le daría ningún tipo de recibo. Elizaveta Petrovna consideró que contando con una casa y un huerto en algún pueblo alejado no tendría ninguna importancia que su esposo, como fallecido, no pudiera recibir una pensión. De cualquier forma, le parecía muy lejana esa posible pensión, ya que los dos ni siquiera habían cumplido los 50. Elizaveta Petrovna hizo un último intento de convencerlo e incluso le comentó lo que pensaba hacer en el caso de que no accediera a firmar. Dejaron de hablarse. Boris Aleksandrovich podía evitarlo denunciándolos a la policía, pero no se decidía. Eran muchos los viejos miedos que aún conservaba.

A Elizaveta Petrovna le quedaba un poco de dinero en una vieja cuenta de ahorros y un día, cuando fue a sacar algo para comprarle un impermeable a Sasha, se encontró con que apenas tenía lo suficiente para hacerlo. Después de la tienda se fue directo a la agencia para iniciar los trámites de venta. Una tarde de esa misma semana, cuando Boris Aleksandrovich volvió a su cuarto, no encontró ni a su mujer ni a su nieto, en lugar de ellos había una cuadrilla de albañiles que había echado fuera del cuarto sus pertenencias. Entonces fue a presentar una denuncia en la policía. Después de una corta investigación, le informaron que en unos cuantos días el cuarto había sido vendido y traspasado varias veces y que no era posible anular la venta porque ya se encontraban implicados compradores

que, según la ley, habían actuado de buena fe.

Boris Aleksandrovich no intentó encontrar a su mujer, como ella tal vez esperaba; por el contrario, se quedó en Moscú durmiendo donde le hacían el favor de permitirle algunos conocidos. A mediados de su primer invierno sin casa, lo encontraron muerto en uno de los tantos pasos subterráneos de Moscú.